



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 46.

JUEVES 14 DE ENERO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

LA ABNEGACION, por Silverio Rodriguez Lopez.—LA ROSA DE IVRY. (Continuacion.)—EL COMPROMISO DE CASPE. (Continuacion.)—EL TRIBUTO DE SANGRE, poesia, por Ventura Ruiz Aguilera.—CARLOS IV.—LA NUEVA ZELANDA. (Continuacion.)—SONETO, por Manuel Maria Guillen.—SERRANILLA, por el marques de Santillana.

LA ABNEGACION.

Era de noche; el cielo estaba sereno, y el mar en calma; la goleta *Seis Hermanas* partia de las Sechelles, en las Indias orientales, bogando en direccion de la Isla de Francia.

Habia veinte y ocho personas á bordo, y todo parecia prometerles una travesía feliz; el aire estaba perfumado y puro; el canto de los marineros se unia dulcemente al mugido de las olas, y el capitan *Hodoul*, sentado tranquilamente al lado de la señora *Malfit*, una de las viajeras, departia sossegadamente acerca de su comun pais natal.

De repente, á algunos pasos de ellos se sintieron gritos de terror, y se vió aparecer en el fondo de la cámara una llama brillante. El fuego, por una imprudencia inexplicable, acababa de declararse en la goleta, y el incendio se propagaba con aterradora rapidez.

Todo lo que la energía humana tiene de mas activo y mas poderoso, se puso por obra en minutos, para combatir tan asustadora desgracia. ¡Inútiles esfuerzos! acababa de levantarse viento, el horizonte se oscurecia, y el terrible elemento, favorecido por el vendaval, se extendia vencedor. La llama se eleva, engrosa, serpentea, se desliza, arrolla cuanto se le presenta, y pronto un círculo magnífico rodea la embarcacion, que en un minuto arde, se sumerge, deja de existir.

Esto sucedió en abril de 1819, en uno de los dias variables de primavera. Solo se salvó del terrible incendio una pequeña canoa, que habia ofrecido el último medio de salvacion á la

tripulacion de las *Seis Hermanas*. Los pasajeros se habian precipitado en ella en desorden, confusamente amontonados; ¡pero nueva desesperacion! al querer regularizar la colocacion, se apercibieron que en la embarcacion, muy pequeña para contenerlos á todos, no habia sitio suficiente para que el piloto pudiera maniobrar y evitar el naufragio, si se levantaba la menor tempestad; y ya en aquel momento las olas mugian ensoberbecidas, y se percibian los truenos precursores de la tormenta.

En efecto; la barca, llena de modo que ningun brazo la podia dirigir, se hundiria de un momento á otro. El capitan y sus marineros deliberaron rápidamente sobre el partido que se debia tomar. Resolvieron que eran indispensables algunas víctimas para la salvacion general; era necesario desembarazar la embarcacion de algunos individuos; era preciso sacrificar dos para empezar; despues se veria si eran necesarios mas. ¿Pero quién sacrificarian? ¿A quién elegir? La señora de *Malfit* tenia dos esclavos negros, que la prodigaban los mas esmerados cuidados en aquel momento, en que la pobre señora, estendida casi sin sentidos en el fondo de la canoa, tendia los brazos á su hijo, al que una nodriza daba de mamar cerca de ella. Las miradas del capitan y de los marineros se fijaron en los negros: la eleccion de las víctimas estaba hecha.

¿Pero cómo arrojar impunemente al mar los dos vigorosos hijos del Senegal, de los que los cuerpos pesados y la fuerza atlética, opondrian una vigorosa resistencia á la voluntad homicida? Era indudable que se defenderian, y una lucha semejante, en medio de una embarcacion débil, que al menor movimiento podia sumergirse, no tardaria en hundir á todos en los abismos de que se querian salvar. La tempestad redoblaba de violencia entre tanto; era necesario no perder los momentos: se tomó un nuevo partido. El capitan *Hodoul*, helado de horror, se cubrió el rostro con las manos al pronunciar la decision; las mujeres y el niño serian arrojadas al mar.

Uno de los negros habia oido la sentencia; dió un golpe en la espalda de su compañero, y cambió en voz baja con él algunas palabras enérgicas y breves; despues se dirigió á la señora de *Malfit*.

—El y yo, dijo señalando á su compañero, cubriremos la plaza. ¡Ama, nosotros nos veremos en la patria!

Y volviéndose hácia el capitan, le dijo en tono solemne:—¡Júranos salvar al ama! ¡y en seguida nosotros nos tiraremos al mar!

—¡Os lo juro! respondió el capitan enternecido, os lo juro á la faz de Dios!...

—¡No! interrumpió la señora de *Malfit*, á quien estas palabras acababan de iluminar; yo no acepto ese acto admirable de abnegacion! mis negros son jóvenes y valientes; su fuerza puede ser útil á todos. ¡Pero yo!... ¡Soy inútil!... Soy yo quien debe morir. Soy viuda... puedo ofrecirme... estoy pronta; un momento para rezar una oracion!... pero que se salve mi hijo, adoptadlo por vuestro, capitan.

La pobre madre, con el rostro inundado de lágrimas, arrancó su hijo del pecho de la nodriza, levantándolo en sus brazos; y á la luz de los relámpagos, se la veia presentándolo al capitan. ¡Ah! ¡pasajeros y marineros adoptaron todos á una voz el hijo de la viuda!...

—¡Pobre pequeñito! nosotros queremos abrazarte, gritaron con trasporte los dos negros, uniendo sus rostros oscuros á la blanca figura del niño. ¡Adios! ¡amito, hasta el cielo! Y con sus fuertes brazos levantados, señalaban al niño el firmamento.

E inmediatamente se arrojaron al mar, y se los vió á la luz repetida de los relámpagos, hundirse y desaparecer.

¡Prodigio inesperado! No fueron necesarias mas víctimas; tan sublime generosidad desarraigó la cólera celeste.

El viento cesó; poco despues la tempestad.

La embarcacion llegó á puerto de salvacion.

SILVERIO RODRIGUEZ LOPEZ.

LA ROSA DE IVRY.

(CONTINUACION.)

El conde había entrado en mal camino, y su castigo era el de tener que seguir adelante. En el punto en que ya se hallaba, la calumnia era el único recurso que tenía.

—Quiero decir, prosiguió, que nada tiene que perder y mucho que ganar... Quiere ver á la marquesa, porque espera que esta, al tener noticia de lo que ella llamará una intriga...

—Será capaz de romper todo... es verdad. Es preciso á toda costa que Enriqueta no la vea hoy.

—Es claro; pero ¿cómo impedirselo! ¿Qué hacer? ¿A dónde llevarla?

—Dejarla aquí es imposible.

El caballero se paseaba á su vez con agitacion, pronunciando palabras sin hilacion. El conde le observaba en silencio; se acercó á él y le dijo al oído como temiendo que algun indiscreto sorprendiera esta confidencia.

—Me parece que os comprendo, pero ¿por qué ocultaros así de mí?

—¿Cómo!... ¿Qué os figurais, pues?... murmuró el señor de Vandanne viéndose adivinado á su vez.

—¿No soy yo vuestro amigo? continuó el conde. Esa niña es muy linda, me lo habeis dicho hace un momento. Hará honor al que la lleve por el mundo... En el punto en que se halla, con sus ideas de ambicion, se le haria un servicio...

El tentador se dirigia hábilmente á las pasiones mas péfidas del caballero; despertaba su vanidad, sus pretensiones de conquistador; avivaba un fuego mal apagado. El señor de Vandanne perdía terreno, y el conde insistía para completar su victoria.

—Tendreis, sin remordimientos, sin recuerdos enfadosos, la doble gloria de conseguir un triunfo y de servir á un amigo. No repliqueis, caballero, se os conoce hace tiempo; si vuestra casita pudiera revelar todas vuestras conquistas... Podreis añadir un retrato á la espléndida galería que habeis coleccionado, y por grande que haya sido el mérito de los modelos que la han llenado, me parece que este los eclipsará á todos.

—Pero esto seria un rapto, ni mas ni menos, dijo el caballero, oponiendo alguna resistencia y queriendo que le aconsejaran lo mismo que deseaba.

—Es claro: y esa palabra no os asusta mas que la cosa, á lo que parece. Un rapto anodino, una especie de violencia, para dar mas realce á la aventura, como se coge un abanico para ver mejor ocultándose tras él.

—No le hace... el espediente es violento... Es verdad que esto os salva... y si la jóven es ambiciosa...

—Algo mas que amante, dijo el coronel. Estad seguro de que os dará las gracias... ¡Oh! comprende muy bien la vida.

—No anda descaminada, dijo el caballero; si se tomara el amor por lo serio, se compondría la existencia de un lirismo intolerable; para ser feliz, no hay como cambiar. ¡Variedad! es mi divisa.

—Ya se la indicareis, prosiguió el conde, cuando creais que ha llegado el momento oportuno... Mas el tiempo urge...

—Es verdad; esperadme algunos minutos, voy á hacer algunos encargos á Dubois, y en seguida soy todo vuestro.

—Ya debe saber Dubois, segun vos le habeis enseñado, cómo se ha de arreglar en semejantes asuntos.

El caballero salió sonriéndose, al ver que li-sonjeaban su amor propio.

X.

CONFIDENCIAS.

Al separarse de su hermana, se dirigió Vicente, sin perder un minuto, á la calle de Sevres. Cuando se acercaba ya á la casa del conde de Tournil, andando con rapidez y sumido en

una preocupacion estrema, tropezó con un hombre que se estaba paseando con singular agitacion delante de la puerta, renegando contra el suizo y contra la fatalidad.

Una exclamacion enérgica iba á estallar entre ambos, pero batiéndose mirado, lanzaron un grito de sorpresa. Jorge y Vicente se reconocieron.

—¿Tú por aquí!... ¿Qué vienes á hacer aquí? preguntó el hermano de Enriqueta.

—Ya lo ves; hace una hora que estoy de centinela en esta puerta, y el cerbero con librea que la guarda no contesta mas que «Volved mañana...» Quizás mañana no será ya tiempo...

—¿Tiempo de qué?...

—Ese es un asunto personal. ¿Pero y tú?...

Su amigo se adelantó, sin contestarle, hacia el suizo, y le preguntó:

—¿El señor conde de Tournil?

—¿Qué diablo! refunfuñó el adusto guardián, ¿qué tienen hoy todos?—Monseñor no está visible; en todo el día lo estará; volved mañana ó pasado mañana.

El pizarrero no se desanimó.

—Es absolutamente preciso que hable con vuestro amo. Se trata de un negocio que le interesa y no admito dilacion.

—¿Por supuesto! dijo el suizo; ningun negocio le interesa hoy. Creedme, buena gente, monseñor está muy ocupado para perder el tiempo con vuestros negocios.

—¿Mas no podríamos al menos, prosiguió Vicente presintiendo una desgracia, verle cuando pase? Quizá se pare un instante...

—En fin, dijo el cerbero riéndose con acento burlon, si sois algunos señores disfrazados, no será imposible, y si está todavía en casa de la señora Vauvillers, llegareis á tiempo, dándoos prisa para ver la comitiva.

Y sin escucharles ya mas, se volvió magestuosamente, cerrándoles definitivamente la puerta.

—¿La comitiva!... ¿La señora de Vauvillers!... ¿Será posible!... repetía Vicente Cousin como aturrido.

Y recobrando en el peligro mismo de la situacion su presencia de espíritu, arrastró consigo á Jorge, obligándole á correr con él, sin que éste, asustado al ver su exaltacion, pudiera sacarle mas que algunas palabras aisladas:

—¿Ven!... ¿Ven!... ¡Mientras sea aun tiempo!... ¡Oh! ¡lo veré!... ¡Yo lo encontraré!...

Su compañero intentaba en vano contenerle, inquieto al ver que los transeuntes se fijaban en ellos. Mas nada podia calmarle.

—Por Dios, espera un momento, le dijo Jorge; no corras tanto; ¿no ves que pueden conocerme?

—¿Y qué temes tú? replicó Vicente, sin hacer caso de la observacion.

—Temo... temo que me fusilen.

Su compañero se paró como por medio de un resorte.

—¿Fusilado!... repitió Vicente, esa nueva desgracia nos faltaba... ¿Qué crimen has cometido?... Mas no me lo puedes decir aquí.

Llegaron entonces delante de la casa de la calle de Santa Margarita. Vicente vió en frente una taberna y entró en ella con Jorge.

—Espérame aquí, le dijo.

Y lanzándose á casa de la marquesa, y cerciorándose de que el conde estaba todavia dentro, volvió mas tranquilo á sentarse junto á Jorge, de modo que no perdía de vista la casa.

—Aquí estamos bien, dijo; no saldrá sin que le veamos, y aunque tenga que echarme bajo los pies de los caballos, me escuchará.

—Pero dime, le preguntó Jorge, ¿me quieres por fin explicar por qué me has traído aquí corriendo, y lo que pasa con mi coronel? ¿Temes algun consejo de guerra?

Al oír esta palabra, lecantó Vicente la cabeza, y mirando de frente á su compañero, le dijo:

—¿Un consejo de guerra?... Explicate tú; ¿qué has hecho tú que hasta ahora has tenido tan buena conducta?...

—Es verdad, suspiró el sargento, pero...

Se detuvo, avergonzado de tener que revelar su secreto, mas ya había dicho demasiado para no concluir.

—De todos modos, continuó vencido por las instancias de su amigo, lo habrás de saber al cabo; y ahora que no está aquí Enriqueta, te lo puedo decir: hace dos meses que se ha concluido mi licencia.

—¿Desgraciado!... ¡Y has cometido esta falta por nosotros!

—Que quieres, Enriqueta estaba enferma; me he olvidado de todo, todo lo he arrostrado. Ya sabes cual es la ley... es sumaria: ausente sin licencia, estoy considerado como desertor. Necesito, pues, una autorizacion que legitime mi ausencia, sino... el negocio quedará pronto zanjado.

Vicente apoyó la cabeza en sus manos murmurando.

—¿Y todo por ella!... ¡por Enriqueta!...

—Por ella tan solo sufro ahora, contestó Jorge. Ya sabes que no me falta valor; pero morir ahora, morir despreciado de todos, cuando podia ser feliz, cuando Enriqueta era mi mujer...

—¿Tu mujer!... dijo Vicente apretándole la mano con una espresion de amargura y de cariño. Escucha, no vayas á casa del coronel; créeme.

—¿Y por qué?...

—¿Por qué? Porque nada conseguirás de él.

—Por Dios, espícate.

—Sea; pero antes, amigo mio, hermano mio... con cuánto gusto te hubiera dado este nombre... prométeme que me perdonarás lo que he hecho...

—¿Yo perdonarte!...

—Ya me comprenderás... El honor de Enriqueta estaba sobre todas las demás consideraciones; ¿no es verdad?

—Cierto, mas no veo...

—Jorge, Enriqueta no es tu mujer...

—Y reprimiendo una exclamacion de sorpresa y de dolor de su amigo, continuó:

—Sé lo que te ha dicho tu coronel, el ardid de que se ha valido contigo, soldado acostumbrado á obedecer. Pero lo que te ocultaba era que se burlaba de tu tranquilidad, de tu honor; ¡que Enriqueta no era ya digna de tí, porque la había deshonrado!

Jorge se levantó como por medio de una fuerza galvánica, y volvió á caer en la silla anonadado. Vicente prosiguió:

—Si, deshonrada; engañada con palabras engañosas, con juramentos, con perjurios, como en otro tiempo otra...

Jorge comprendía apenas el sentido de sus palabras; una sola resonaba en su oído; una lágrima se desprendió de sus ojos, en los que se leía la rabia y la desesperacion. Como por una reminiscencia maquinal repitió la última palabra de su compañero:

—¿Otra...?

—¿Si, otra á quien tambien queria yo, y que me han matado!... Enriqueta no es mi hermana.

—¿Qué misterio!...

Agoviado en un principio Vicente por la violencia que le había costado esta confesion, prosiguió al fin con un penoso esfuerzo:

—He tenido una hermana, hermosa como Enriqueta, ¡ay! confiada como ella... Hace tiempo que reza por nosotros allá arriba.—Hace diez y ocho años no vivía yo todavía en Ivry, estaba en Touraine, donde guardaba los bosques del padre de la señora de Vauvillers. Me quedé solo de mi familia, con una hermana mas jóven que yo, y de que era el único apoyo; ¡era tanto su padre como su hermano, y la amaba!... Enriqueta—también se llamaba Enriqueta, este nombre trae consigo la desgracia—era tan hermosa y tan pura, ¡me queria tanto!... ¡Oh! ¡cuánto soñaba yo para ella!... sueños que volaron ¡ay! de los cuales nada me ha quedado para consolarme, ni siquiera la venganza, tras de la que inútilmente he corrido...

Se pasó la mano por la frente para enjugar el sudor frío que la cubría, y después prosiguió:

—En el castillo se recibían muchos señores jóvenes, amables, de maneras seductoras, como ese conde de Tournil. Vivíamos en una cabaña no muy lejos del parque, y algunas veces, durante las cacerías, se paraban en casa, donde les ofrecía mi hermana lo poco que teníamos... ¡Cuán insensato era! elogiaba la gracia con que les servía: me enorgullecía de las cosas que le decían. Pero un día ¡qué cambio!... de regreso de una larga caminata, volvía yo alegre, la llamé para abrazarla y no contestó. Mi corazón se oprimió; presentía una desgracia. Por fin entré... sentada, abatida, con los brazos colgando, los ojos fijos, no me había siquiera oído. Al verme, todo su cuerpo se estremeció. La hice mil preguntas, y de pronto se echó a llorar.—Por Dios, exclamé entonces, ¿qué tienes, querida mía? Respóndeme, te lo ruego. ¿Qué te falta? ¿Te ha amenazado alguno, te ha insultado? Habla... ¿Es quizá una desgracia mayor aun?—Entreabrió los labios, levantó los ojos anegados en llanto, y dejándose caer de rodillas tendió hacia mí las manos juntas. En medio de mi desesperación perdí el sentimiento de su debilidad, y levantándome me lancé sobre ella como para aniquilarla.—Mátame, exclamó ella, y cayó al suelo: el mismo temor de mi violencia la había dejado sin sentido.

Vicente tuvo que suspender de nuevo su relato; el doloroso recuerdo de sus pesares se reanimaba como en los primeros días. Jorge le cogió en silencio la mano y se la estrechó cariñosamente.

—Te debo por completo esta confidencia, prosiguió aquel, y voy á hacértela. En breve supe lo que había sucedido. Uno de aquellos nobles señores, á quienes tan buenamente había yo introducido en mi casa, se había dignado reparar en Enriqueta; se propuso ganarse su amor, y la pobre niña, que nada sabía de las cosas del mundo, acostumbrada por la benevolencia de nuestro amo á no sentir la inferioridad de nuestra condición, creyó en sus protestas, en sus juramentos. Pero ¿quién era aquel hombre? ¿Sobre quién caería mi venganza?... Aquella misma mañana se habían marchado todos del castillo; el invierno los llamaba á París, y él había huido como los demás, sin avisar á Enriqueta, sin inquietud, sin remordimientos, llevando la satisfacción de una conquista más, si por acaso se dignaba acordarse de ella.

En vano supliqué á mi hermana, en vano la prometí mi perdón si me decía el nombre del infame. Instancias, amenazas, todo fue inútil ante su resolución. Cuando le representaba su vergüenza, cuando le preguntaba á donde pensaba refugiarse, me enseñaba el cielo.

No decía más que la verdad. Los pesares, la confusión, quizá el amor, agotaron al poco tiempo sus fuerzas... Un día me llamó, y estrechando débilmente mis manos entre las suyas, me condujo á donde estaba la cuna de su hija. Allí murmuró esta palabra, ¡Perdón! Al día siguiente espiró, llevando á la tumba su secreto.

La niña que me dejó, amigo mío, es Enriqueta, la que tu amabas, y con la que vine á instalarme á Ivry, ocultando su nacimiento. ¡He jurado guardarla mejor que había guardado á su madre, ó al menos vengarla!

—Y ¿qué vas á hacer ahora? preguntó Jorge, y ¿cómo vengarte de un personaje tan alto?

—¡Ya he principiado!... contestó sordamente Vicente; y explicó á su amigo lo que se había pasado en casa del señor Quesnel, y de qué manera la maquinación del conde se había vuelto contra él mismo.

—Muy bien, Vicente, exclamó Jorge; esa es la conducta de un hombre de corazón; y en cuanto á mí, tenías razón, nada quiero deber á ese conde. ¡Qué me importa el peligro! Hay que pensar en Enriqueta, en ella sola, y si necesitas un brazo, hé aquí el mío.

—Gracias; contaba contigo.

—Pero ella, la desventurada, ¿qué hace en esa casa á donde ha entrado ese hombre y donde su presencia, que se va prolongando, parece indicar una nueva desgracia?

—Es verdad. Tarda demasiado, y ya que no viene, yo iré á buscarla... ¡Ah! ¡Si las sospechas que turban mi imaginación se realizan, que tiemble á su vez!... Escucha, Jorge, te vas á quedar aquí á observar á los que salgan de la casa, á velar sobre Enriqueta, aunque espongas tu vida. Júramelo por la parte que tienes en el cielo...

—Anda, vé... le contestó solamente Jorge.

Vicente salió de la taberna, atravesó la calle arreglando friamente su traje, y entró en casa de la marquesa de Vauvillers, ó más bien en la del caballero de Vandanne.

XI.

COMPLICACIONES.

El conde de Tournil se quedó solo, y mientras su amigo, que era ya su cómplice, procedía á la ejecución del complot que debía asegurar el silencio y el alejamiento de Enriqueta, él se alababa del éxito feliz de una aventura que amenazaba tan fatalmente sus más queridas esperanzas. Saboreaba la alegría de verse libre, como un hombre atormentado por una pesadilla se despierta con gusto.

No experimentaba ya más que un sentimiento, la impaciencia de ir al encuentro de la marquesa, y su mirada, fija sin cesar en la aguja del reloj, contaba con avidez los minutos y los segundos. En cuanto á la acción cobarde que acababa de cometer, á los odiosos colores con que había pintado el carácter tan generoso, tan desinteresado de su víctima, le tenían sin el menor cuidado. La ambición que le excitaba, la vanidad que henchía su corazón, y quizá un poco de simpatía por la marquesa,—pues no nos atrevemos á decir que la amase, porque no se engaña á ese punto á los que se aman,—estas malas pasiones, estos instintos dominadores, ahogaban, al menos por el momento, la voz de su conciencia.

Mas de pronto, en medio de su triunfo anticipado, por la puerta del salón en que se hallaba, se apareció, como un espectro vengador, la fisonomía amenazadora de Vicente.

Testigos los criados de la casa de la consideración que había tenido el señor de Vandanne á la hermana del rentero de la marquesa, no habían opuesto dificultad alguna á que entrara.

El coronel retrocedió sorprendido; todo su terror volvió á apoderarse de él; porque conocía el carácter enérgico, la inflexible lealtad de su nuevo adversario. Mas las circunstancias decisivas producen también las grandes resoluciones. Dominando su emoción, se fue tranquilizando; una sonrisa vagó por sus labios; dió un paso hacia Vicente y le dijo:

—Bienvenido seáis, querido Vicente. Pensaba en vos hace un momento, y me preguntaba cómo podría pagaros la cordial hospitalidad que me habéis dispensado.

Vicente escuchó estas palabras impasible, y respondió fijando en el coronel una mirada severa como la de un juez:

—¿Según me han dicho, monseñor, os casáis?

—Dentro de una hora, contestó el conde, decidido á suscitar la explicación que ya no podía eludir.

—¿Os casáis con la señora marquesa de Vauvillers?

—Es cierto.

Vicente aspiró fuertemente, y conservando á su vez su sangre fría por una prodigiosa tensión de su voluntad, dijo:

—No veo en eso más que una dificultad, y es que no puede uno casarse dos veces.

—Si decís eso por la marquesa, no os comprendo: la señora de Vauvillers es viuda.

—Pero vos no lo sois.

—¿Habéis perdido la razón? ¿Venís quizá á hablarme de aquella ridícula escapatoria de

Ivry?... Vamos, confesad que no habéis creído un momento que el conde de Tournil se casara con la hermana de Vicente Cousin.

Al oír semejante injuria, se fruncieron las cejas del obrero; una amargura suprema apareció en su rostro y con un acento incisivo como el filo de una espada, dijo:

—En efecto, monseñor, no he tenido la simpleza de creer que vuestra intención fuera la de obrar tan lealmente, y hé ahí por qué me teneis hoy aquí. Yo tengo también mis ideas; ideas de honor, transmitidas de padres á hijos y que no me han permitido que dejara engañar á un pobre mozo, que dejara arrebatarse á Jorge una mujer que no podía besar á sus hijos sin ruborizarse.

—Pero vamos... ¿qué quieres decir con eso?... exclamó el conde asustado á pesar suyo al oír el acento firme de su interlocutor.

—Quiero decir que el que llega á desempeñar el papel de sobornador y de traidor, necesita al menos tomar las mayores precauciones. Quiero decir que cuando defendáis tan elocuentemente vuestra causa con el señor Quesnel, recogía un testigo invisible todas vuestras palabras... ¡y ese testigo era yo mismo!

—¡Miserable!... dijo el conde que perdía poco á poco, bajo la impasibilidad exterior que había conservado hasta entonces con tanto trabajo.

Vicente prosiguió:

—Cuando vos salíais, entraba yo en casa de aquel lobo. Yo no tenía oro para ganar su conciencia, es verdad, pero semejantes hombres son accesibles á muchos sentimientos. A falta de la corrupción, el temor tiene también su mérito. Y aquel contrato, que no os dignasteis leer, aquel contrato que tan caro acababais de pagar, contiene realmente, monseñor, vuestro nombre como esposo de Enriqueta.

El conde se lanzó furioso sobre Vicente.

—¡Desgraciado!... exclamó, no te habrás atrevido...

Mas el hermano de Enriqueta le paró con su mirada fría y segura, contestándole con una calma más horrible aun que hubiera sido su ira.

—¿Os habría yo dejado partir sin esto?

El conde atravesó dos veces el salón, y tomando de nuevo su indiferencia facticia, dijo:

—¡Qué diablo!... yo también estoy loco... ¿Qué puede significar semejante acto?

—Allá veremos, contestó Vicente, cuya insoportable tranquilidad exasperaba á su adversario. Lo habéis firmado; está en regla bajo todos conceptos; ha sido extendido en buena forma ante testigos por el señor Quesnel, notario real en Ivry, y si hay que acudir á la decisión de los tribunales ó la de la señora marquesa de Vauvillers...

—¡Cállate!...

—Ya lo he dicho todo.

El coronel, en el paroxismo de la rabia y de la ansiedad, tuvo el pensamiento de llamar á sus criados para que echaran á la calle al obrero ó le hicieran pedazos. Pero mudando de parecer al momento, dijo:

—Me estás engañando. No podrías enseñarme ese contrato.

—Ahora mismo, no; mas tranquilizaos, monseñor, si es preciso ya se encontrará.

—¿Dónde lo tienes?

—Aquí, no; no estoy todavía tan loco. Uno sabe muy bien á dónde va, y teneis vos criados probablemente poco escrupulosos en materia de asechanzas... perdido el contrato, ¿quién crecía al pobre Vicente, probando que el conde de Tournil es el esposo de su hermana? Os lo repito, está en lugar seguro...

—¡No importa! será menester ver si Vicente Cousin podrá más que mi palabra y mi crédito,—aunque tenga que recurrir á la justicia,—porque, os lo vuelvo á decir, ese contrato es irrisorio.

—Y si os da la justicia la razón, ¿qué probará eso?... que os habéis valido de un subterfugio indigno para engañar á unas pobres gentes y sobornar á un funcionario... ¿Qué

pensará la señora marquesa al adquirir la certidumbre de que la habeis engañado?...

(Se continuará.)

EL COMPROMISO DE CASPE.

(CONTINUACION.)

Las disidencias entre los magnates y á pesar de los generosos esfuerzos de los buenos patriotas, no llegaban, pues, al deseado término aun entre los mismos pueblos. Teníanlas entre sí, y por cierto de tristes consecuencias, el abad de Bañolas y Bernardo de Avellaneda, así como Juan Eymerich y Gera'do de Palou, los condes de Prades y de Cardona, Bernardo de Forcia y otros barones, propagándose tan mortífera plaga al valle de Arán y el condado de Cominges. Aprovechando la condesa de este título la conturbacion general de los Estados, introducía por la frontera buen golpe de soldados franceses, siendo preciso que Francisco de Eril les saliese al encuentro para desbaratar sus planes, no pudiendo asistir en persona el gobernador del valle de Arán, por hallarse perseguido varias partidas de aventureros que atravesando el Pirineo, asolaban en Aragon la comarca de Barbastro.

Fija la vista del Parlamento de Barcelona en tantas revueltas y desastres, y ganoso de poner término al asunto que lo habia convocado, acallando al par las demandas de los pretendientes que sin cesar le asediaban, acordó encomendar los negocios ajenos á la sucesion á personas competentes para su resolucion y despacho, nombrando al efecto tres diferentes comisiones. Tenia á su cargo la primera, compuesta de tres personas, el activar todo lo que hubiese de ser acordado por el mismo Parlamento: la segunda, formada de doce, debía cuidar solamente de lo relativo á la defensa, guarda y conservacion de Cataluña y de sus intereses; y finalmente, la tercera, que constaba tambien de doce vocales, conocia de los expedientes y actos de justicia, los cuales debía promover, dirigir y resolver con toda imparcialidad y celo. Comunicáronse á Aragon y á Mallorca estas resoluciones; y para mas obligarse, el día 14 de febrero prestaron todos los nombrados al Parlamento de Barcelona el juramento de conducirse bien, justicieramente y con sigilo.

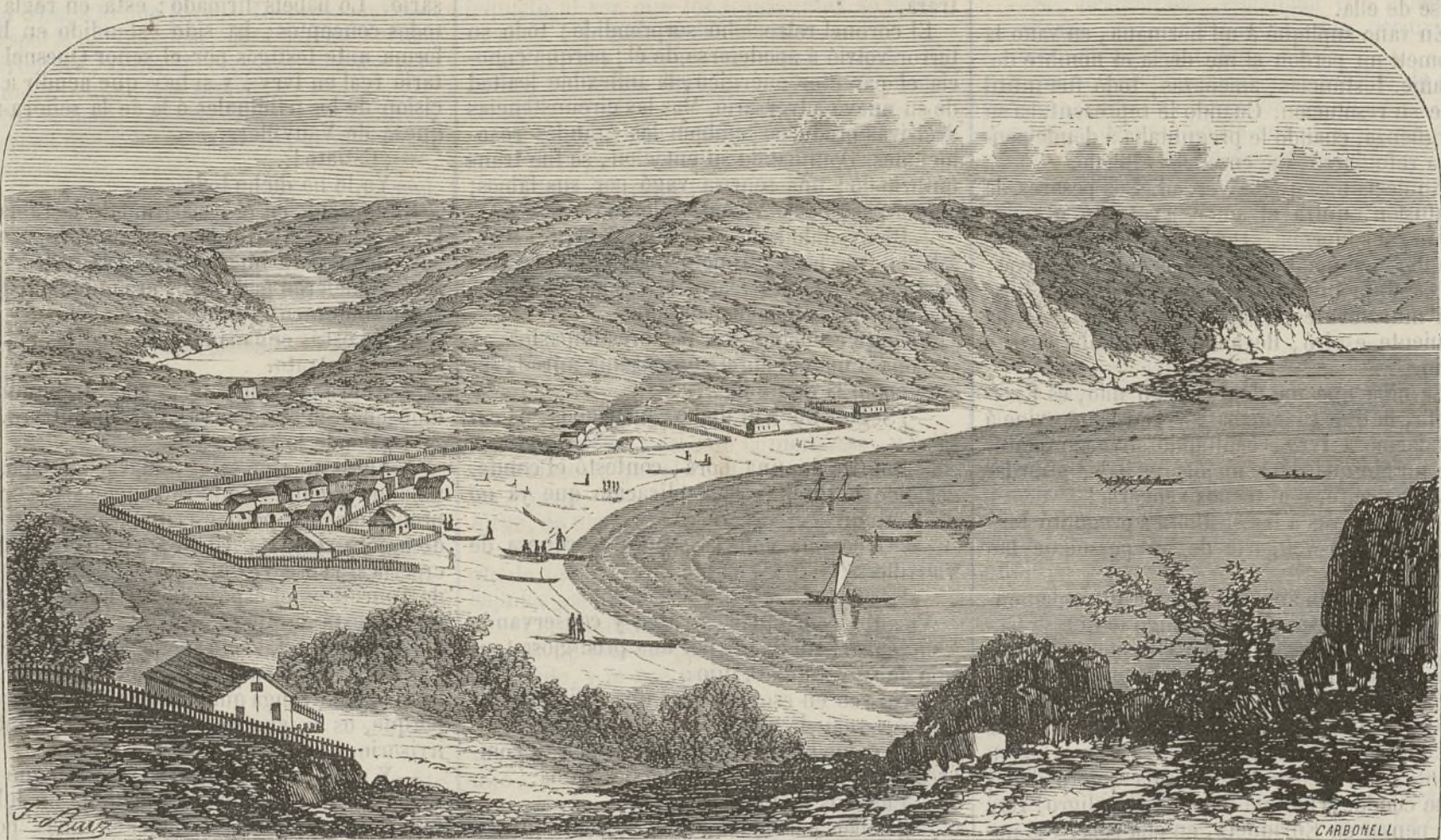
Habia llegado en este tiempo el conde de



Cárlos IV.

Urgel, que no sosegaba, al monasterio de Vall-donc-lla; mas no agradando al Parlamento su cercanía, rogóle pusiese su estancia á una jornada de Barcelona, lo cual ejecutó aquel príncipe, pasando al lugar de San Boy. El infante

de Castilla, don Fernando, receloso del derecho, ó mas bien, de las simpatías que lograba en Cataluña don Jaime, quejose á la Asamblea catalana de la estancia de éste en el lugar citado; pero en 18 de abril procuró rebatir el de



Bahía de las islas de la Nueva Zelanda.

Urgel los cargos que le hacia el castellano, diciendo que él no trataba de corromper á nadie, que solo queria se abreviase en lo posible y tratase con toda lealtad el hecho de la sucesion. Para mas esforzar el derecho que á ella alegaba el vencedor de Antequera, escribieron poco adelante al Parlamento, recomendándole y abonándole el rey de Castilla su sobrino, y la

reina madre tutora; y no trascurrido el mes de mayo presentó dicho infante las actas de aceptacion y adición de herencia, por tener entendido que le correspondian los Estados de la vacante corona. Recibió la Asamblea con gravedad y cortesía unos y otros documentos, escribiendo mas adelante así al rey de Castilla como al infante don Fernando, para rogarles

que no permitiesen entrar en el territorio aragónés armas castellanas.

«Bien juzgaban todos en aquella era (dice un antiguo cronista), que hallándose Cataluña fuerte, con las armas en las manos, los gobiernos de las islas en sus hijos y naturales, finalmente unida en sus operaciones, y Aragon y Valencia consumidos en sus civiles disturbios



El tributo de sangre.

podia sola dar la corona...; pero como es tan amante y fiel con su rey, solo pretendió obedecerle aunque muerto, siguiendo su última voluntad, que fue se diese á quien se le debía por justicia: y atenta á este norte, jamás pudo tropezar en el escollo del amor propio ni del apasionado afecto: no obstante por su autoridad, concurrieron á ella los pretendientes como si sola hubiese de dar la corona. Con esta aprension se presentó en el Parlamento Ramon de Torrelles, tutor del conde de Luna, don Fadrique, representando los derechos de su pupilo, y asegurándole que los sicilianos le pedian por su rey, habiéndole legitimado el papa, y esta fue la intencion del rey don Martin su abuelo: y si á esos no les parecia bien que se empenase el principado en la quietud de Sicilia; y que concordese la reina doña Blanca y Bernardo de Cabrera, conde de Módice, depusiesen las armas. Respondiéronle que enviarían embajadores para la quietud y union de Sicilia con la corona, como lo habian ejecutado con los otros

reinos (y lo cumplieron), que ellos solos no querian dar ni quitar la corona, sino unidos con los demás darla al que se debía de justicia, que fue la intencion del rey don Martin, á quien finos obedecian.»

Pero así como al dar Cataluña ejemplo de moderacion y cordura, era imitado su noble proceder por los demás reinos, así tambien cuando cundia la discordia entre sus prohombres, dividíanse de nuevo en bandos Aragon y Valencia. Tratábase ya de formar un Parlamento ó Congreso general de los reinos y principado fuera de Cataluña; y esta resolusion, tin duda la mas importante y trascendental adoptada hasta entonces, vino á dividir la antes acorde Asamblea en multitud de pareceres y opiniones: quién disputaba sobre el lugar que debía tener el principado en aquellas triples Córtes, asegurando que le correspondia la presidencia: quién, dando por sentado este hecho, proponia para tan alto puesto á Guerao Alemany de Cervelló como á gobernador y prin-

cipal ministro en el interregno, en que se hallaban: quién, rebatiendo semejante propuesta por la misma razon en que la apoyaban sus defensores, presentaba, por último, en lugar del Alemany, candidatos de alcurnia no menos elevada. Al esparcirse las nuevas de tan doloroso desacuerdo, los bandos de Aragon nunca extinguidos, si bien amortiguados de tiempo en tiempo, merced á los continuos armisticios que mutuamente se otorgaban, alzaron de nuevo la bandera de la discordia, y viniendo á las manos, avergonzaron con sus fratricidas rencores á la nacion entera. La muerte del arzobispo de Zaragoza, que quizá tomaba mas parte de la que debiera en los disturbios de su patria, sobre ser muy sentida por la parcialidad de los Heredias, era para Aragon el último de los escándalos. Acaeció el lunes 1.º de junio de 1411 en el lugar de Almunia de doña Godina, á donde al parecer se dirigia con intencion de alejarse de don Antonio de Luna, su mas encarnizado enemigo. Pero si bien saliéndole este al encuen-

tro, requerido por el arzobispo para deliberar, comenzaron mutuamente á relatar sus agravios, y no pretendia el de Luna otra cosa mas que aprisionar al prelado; recibió aquel magnate una cuchillada en el cuello, con lo cual se trabó la pelea entre los parciales de ambos, cayendo muerto el arzobispo de Zaragoza, por mano, segun se asegura, del mismo don Antonio, que cabalgaba un soberbio caballo blanco, objeto desde entonces de los mas cariñosos desvelos de su dueño. ¡Tanta era la ira y sed de sangre que animaba á aquellos funestos bandos! Representó el vicario oficial de Zaragoza, sede vacante, al Parlamento catalán, para que no admitiese en su seno á don Antonio de Luna y otros nobles, que se consideraban como autores de esta muerte, participándole tambien la sentencia de excomunion que sobre los mismos pesaba; mas el de Luna, por su parte, pretendió sincerarse ante aquella Asamblea por carta escrita en Alcañiz á 6 de junio, en la cual referia y colocaba á su favor tan escandaloso hecho; y para el que dudara de sus palabras, ofrecia legitimarlas de puras y verdaderas en singular combate, contra cualquier noble ó caballero que osara sostener lo contrario.

Grandes males siguieron á la muerte del arzobispo de Zaragoza. Los mensajeros ó embajadores, enviados al Parlamento de Aragon en representación del de Barcelona, dieron noticia de ella á esta ciudad en términos generales y sin entrar en pormenores, asegurándole *que era tanta su turbacion, que aun no habian deliberado qué partido tomarian*, pues eran de temer en varias poblaciones grandes escándalos. Nada, sin embargo, podrá dar una idea mas exacta de los disturbios que afligieron de nuevo al reino de Aragon por aquellos tiempos, como la lectura de la siguiente carta que traducimos del antiguo idioma catalán, en que se halla redactada:

«A los muy reverendos, nobles y honorables señores, los diputados y otros que actualmente se hallan congregados en la ciudad de Barcelona.—Muy reverendos, nobles y honorables señores: Por otra carta notifiqué á vuestras reverencias cómo mossen Juan Fernandez de Heredia vino á Albarracin para entrar en el castillo, como igualmente la division de la ciudad en dos bandos: y en aquel instante mossen Juan Ruiz entró en dicho fuerte con treinta hombres de á caballo y veinte ballesteros, y tan luego como el mencionado Juan Fernandez lo supo, volvióse á Teruel, de donde salió el sábado próximo pasado, publicando que aquella noche iba á una aldea de Teruel; pero con setenta de á caballo y mil cuatrocientos hombres de á pie, pretendió escalar el lugar de Vilell. Fue sentido ó descubierto por los habitantes, y las gentes que se hallaban en el arrabal pusieron en salvo sus personas dentro de la villa; mas les han cogido todos los bienes, quemándoles como unas treinta casas, y el domingo la combatieron todo el día, marchándose por la noche á un lugar que es del espresado Juan Fernandez, á una legua de Vilell, debiendo volver á combatirla el lunes. Y dicho domingo al anochecer, uno de la partida de los Muñozes, enviéme un hombre solo, sin carta y sin sello, únicamente para notificarme lo referido, rogándome, que si podia poner algun remedio, lo hiciese con presteza. Y yo, señores, no puedo, viendo la desastrosa y malaventurada muerte del señor arzobispo de Zaragoza, y viendo las grandes discordias y tribulaciones, que hay en este reino. Porque, señores, si por vuestras reverencias, juntamente con el reino de Valencia, no se pone remedio, el reino de Aragon es perdido del todo: que le habrá de conquistar aquel que vendrá por rey ó señor nuestro. Y la razon es la siguiente: la ciudad de Zaragoza, cabeza de todo nuestro reino, está en poder de los que en todo tiempo han escarnecido la justicia, y los mismos tienen Calatayud, Daroca, Teruel y todas las aldeas: Tarragona se mantiene neutral; y segun el viento que sople, así navegará ella. Por lo que, señores, por reverencia á nuestro Señor Dios, haced de modo que lo mas presto que sea os

reunais en un sitio conveniente, y que sea tal, que sin peligro puedan estar los que acudan al Parlamento, pudiendo deliberar sobre el hecho de la sucesion, apaciguando además el país. Y sobre el lugar en donde el Parlamento deba tenerse, os certifico que en todo el reino de Aragon no hay ninguno que se pueda elegir sin peligro y sin parcialidades, aunque esto sea hablar contra mí mismo por la libertad aragonesa: pero, señores, cuando nos hallemos todos reunidos, favoreciéndonos Dios, bien se salvará la libertad de modo que se conserve, etc. Escrita en el castillo de Azcá á 19 de junio.—El castellano de Amposta.»

No era, sin embargo, mas lisonjero el estado político del reino de Valencia, con cuya mediacion creia el castellano de Amposta, excelente patricio, poder apaciguar los desmanes, de que Aragon era teatro. Muy al contrario, como dice un historiador del siglo XVIII, «el viento de la vanidad y el furor de los odios particulares, levantaron tal tempestad, que casi dió al través con la combatida nave de la república.» Y tanta mayor lástima causaban los disturbios que afligian á Aragon y á Valencia, cuanto que pasada ya la borrasca que habia levantado el asunto de la presidencia del general en el Parlamento de Barcelona, se veian mas de lleno los bienes que por su entereza y circunspeccion lograba el principado de Cataluña. Para la administracion y gobierno del país en tan críticas circunstancias, habia publicado un reglamento que no sin razon puede calificarse de previsor y acertado, formando, para atender á la plena seguridad de sus deliberaciones, ciertas ordenanzas, donde se consignaba: 1.º, el número y clase de acompañamiento, con que se permitia entrar en la ciudad á cada personaje: 2.º, el juramento que deberian hacer todos de observar la tregua, durante su estancia en ella: 3.º, el género de armas que podian conservar en su poder, reduciendo su uso únicamente á las dagas: 4.º, la estrañacion del territorio de Barcelona (en el radio de doce leguas) de los pretendientes al cetro vacante, así como de los hermanos, hijos, padres, abuelos ó mujeres de los mismos príncipes: 5.º, la obligacion de guardar sus armas los vecinos que tuviesen forasteros en sus casas, para que estos no pudiesen valerse de ellas: 6.º, la orden de dejar solo abiertas dos puertas de la ciudad, llevando nota de los extranjeros que en ella entrasen, etc., etc. A vista de tan cuerdas disposiciones, no pudieron menos de concordar con los catalanes los Parlamentos, que á duras penas se habian reunido en Valencia y Aragon, siendo invitado el último á que trasladara sus sesiones á algun pueblo, límite de ambos países, á fin de abreviar en lo posible las necesarias comunicaciones. Los mallorquines, que, olvidado su primer propósito, pretendieron alguna vez separarse de los acuerdos de la Asamblea catalana, volvian al cabo á mirar como hermanos á los naturales del principado, enviando por este tiempo á Barcelona sus procuradores para deliberar sobre la manera de vencer el conflicto, en que á todos habia puesto la indecision y vacilante política de don Martin el Humano. Y para mayor facilidad en el logro de este deseo, que iba siendo de día en día mas apremiante, aumentando los peligros de la república la misma dilacion, inevitable hasta entonces, determinábase, por último, prorogar y trasladar el Parlamento desde Barcelona á Tortosa, señalándose el día 16 de agosto del propio año de 1411 para su nueva apertura.

Púsose esta resolucion en conocimiento de todos los brazos, siendo comunicada por medio del gobernador de Cataluña á los pretendientes; y trascurrido ya el plazo referido, pudo Tortosa gloriarse de reunir en su seno lo mas selecto del principado en letras, en armas y en nobleza, cabiéndole tambien la honra de que se discutiese y aprobase dentro de sus murallas la manera terminante de dar rey á los reinos.

(Se continuará.)

EL TRIBUTO DE SANGRE (1).

AL GENERAL DON JUAN VAN-HALEN.

—¡Dicen que la ley lo manda,
Y te arrancan de mis brazos!
Con el alma hecha pedazos
Partir allá te veré.
¡Anda, y calla, y obedece
Esa ley que Dios maldijo,
Que roba á la madre el hijo
Y el báculo á la vejez!

Hijo mio, ¿volverás?.....

Que á su tierra
Pocos vuelven,
Y á la guerra
Muchos van.....

¡Tú vas á la guerra, Juan!

—¿Quién labrará nuestro huerto,
Que es encanto de mis ojos?
Mañana tristes abrojos
Bañará del sol la luz.
El pan faltará á tu madre
Que, al sonar las oraciones,
No oirá las dulces canciones
Que tan bien cantabas tú.

Hijo mio, ¿volverás?.....

Que á su tierra
Pocos vuelven,
Y á la guerra
muchos van.....

¡Tú vas á la guerra, Juan!

—Mira quién viene del valle,
Ella que iba á ser tu esposa;
Ni mas gallarda es la rosa,
Ni mas hermoso es el sol.
Al lejos tus compañeros
Trabajan con alegría.....
¡Y tú pierdes en un día
Madre, amistades y amor!

Hijo mio, ¿volverás?

Que á su tierra
Pocos vuelven,
Y á la guerra
Muchos van.....

¡Tú vas á la guerra, Juan!

—Mira, reza por las noches
A la Virgen del Rosario,
Al pié de este escapulario
Que ella me dió para tí.
Colócalo sobre el pecho,
Y, al marchar con firme planta,
Su imagen bendita y santa
Será tu escudo en la lid.

Hijo mio, ¿volverás?

Que á su tierra
Pocos vuelven,
Y á la guerra
Muchos van.....

¡Tú vas á la guerra, Juan!

—Zagal mio, ¿por qué lloras?...
¿Es por ver á tus hermanos
Levantar las tiernas manos
Amparo pidiendo á Dios?
Así la tórtola gime,
Cuando con vuelo torcido
La roba del pobre nido
Algun gavilan traidor.

Hijo mio, ¿volverás?

Que á su tierra
Pocos vuelven,
Y á la guerra
Muchos van.....

¡Tú vas á la guerra, Juan!

—¡Quién sabe! Acaso mañana
El azar de una pelea
Te arroje á incendiar tu aldea,
La que te ha visto nacer.
Y..... ¡ay! á la voz de tu jefe,
Voz tremenda, inexorable,
No perdonará tu sable
Ni á tus hermanos, tal vez.

(1) De los ECOS NACIONALES, interesante publicacion del señor Aguilera, tomamos la siguiente lindísima poesia.

Hijo mio, ¿volverás?
Que á su tierra
Pocos vuelven,
Y á la guerra
Muchos van.....
¡Tú vas á la guerra, Juan!

--Adios, prenda de mis ojos!
Vete en la flor de tu vida
A la guerra aborrecida,
Que así lo manda la ley.
Hambre, fatiga y miseria
Te aguardan... ¡pobre soldado!
Pero la ley lo ha mandado.....
¡Confúndala Dios, amen!
¡Adios!.... ¡Ya no volverás!
Que á su tierra
Pocos vuelven,
Y á la guerra
muchos van.....
¡Tú vas á la guerra, Juan!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

CARLOS IV.

Carlos IV, hijo segundo de Carlos III, casado con doña María Isabel Luisa de Parma ocupó el trono de las Españas en 1789. Empezó á reinar bajo los mejores auspicios, por su carácter afable y bondadoso, pero depositando mas adelante toda su confianza en don Manuel Godoy, á quien elevó á los mas altos cargos, no fue afortunado en la política interior ni exterior del reino. La guerra con Francia motivó desde luego un tratado de paz poco decoroso, y si bien no tuvo parte en la pérdida de nuestra marina con el desastre de Trafalgar, su desacuerdo en otros negocios espuso á la nación á graves riesgos. La historia, pues, no puede contar entre los reinados prósperos y felices el de Carlos IV, dando la casualidad de estar ligado con los disturbios que acarrearón para España la terrible cuanto heroica guerra de la Independencia.

LA NUEVA ZELANDA.

(CONTINUACION.)

El 27 avistaron los exploradores á Puki Apapá, ó sea la elevada montaña de Teranaki llamada cabo Egmont por Cook y cuya elevación llega á 14,000 pies sobre el nivel del mar: aquí los holandeses se encontraron desorientados por no hallar paso alguno al través de la tierra. El 31 reconocieron las arenosas colinas de Hokianga distantes tres millas de la costa, la cual se describe en el diario como limpia de bancos y escollos pero ceñida de una gran barra de rompientes. El 4 de enero avistaron un Cabo á que se dió el nombre de María Van Diemen, y el 6 algunos islotes que, por ser día de la Epifanía, llamaron de los Tres Reyes. Envióse la chalupa al mayor de los islotes mencionados con objeto de procurarse algunos refrescos, pero volvió por la tarde con la noticia de que si bien se había encontrado agua abundante que descendía de un monte, las rompientes de la playa hacían muy peligroso el desembarco, á lo que se añadía la presencia de unos 40 indígenas armados de lanzas que hacían aun mas arriesgada la empresa. Los buques dieron fondo por la noche en la costa Norte del mayor de los islotes, y al amanecer del día siguiente abandonaron la tierra haciendo rumbo hacia Batavia á donde llegaron el 14 de junio de 1643.

Tales son los pormenores de este antiguo diario de navegación, escrito en estilo inteligible y claro, y en que abundan los rasgos de las costumbres náuticas de aquellos remotos tiempos. En dicho viaje descubrió Tasman la Tierra de Van Diemen, la Nueva Zelanda, las islas de los Amigos, Annamuka, Pylstaarts, las islas del Príncipe Guillermo y mucha parte de la Nueva Guinea. El nombre de Nueva Zelanda en lugar del de Tierra de Staaten, lo encontramos por primera vez en las instrucciones dadas á Tasman cuando emprendió su segundo viaje

de descubrimiento en 1544, sin que pueda atinarse con la razón que tuvo el gobierno holandés para verificar aquel cambio de nomenclatura, puesto que no hay mayor semejanza entre la Vieja Zelanda y las nuevas islas descubiertas que la que existe, para valernos de un símil del sabio Knickerbocker, entre la figura de un queso chato holandés y la del llamado de piña.

Tasman no visitó en esta segunda expedición las tierras que había descubierto anteriormente; su derrota se halla trazada en una carta de Australasia que acompaña á la obra de Thevenot titulada *Diversos y curiosos viajes*, 1696, donde se inserta una relación del que nos ocupa con el epígrafe de: «Derrota de Abel Tasman alrededor de las tierras australes, con el descubrimiento de la Nueva Zelanda y de la Tierra de Van Diemen, tomo II.»

Es indudable por otra parte, que las costas de aquellos lejanos países fueron avistadas por algunos otros buques destinados á practicar exploraciones semejantes, pero ninguna relación se encuentra de sus descubrimientos hasta el viaje del capitán Cook en 1769, cuando este célebre marino reconoció la tierra que demoraba hacia el Oes-noroeste. Los actuales habitantes saben por tradición que en otros tiempos se avistaron algunos buques en los estrechos que dividen las dos islas; pero de todos modos á los holandeses corresponde indudablemente el honor de haber sido los primeros que las exploraron en unos miserables barquichuelos que apenas se reputarian hoy suficientes para la navegación costera, y mucho menos para doblar los cabos de Hornos y Buena Esperanza, y emprender una travesía por desconocidos mares sembrados de escollos y peligrosos arrecifes.

Desde el viaje de Tasman hasta el de Cook, es decir, durante un período de 127 años, creyeron los geógrafos que la Nueva Zelanda formaba parte de un continente meridional que se extendía de Norte á Sur desde los 33° á los 64° de latitud, al paso que su costa septentrional debía cruzar el Océano Pacífico en una distancia inmensa hasta el límite oriental que cincuenta años antes había descubierto Juan Fernandez. Pero estas erróneas suposiciones fueron de todo punto disipadas en el primer viaje de Cook, quien permaneció cerca de seis meses en aquellas costas desde 1769 á 1770, circunnavegó las islas rectificando la extensión de cada una, y estuvo muy espuesto á naufragar en unos bajos que por lo difíciles de reconocer para un extranjero, fueron llamados las Trampas, situados en la latitud de 46° 27' Sur. Los malos tiempos le hicieron navegar en vuelta del Oeste, donde dió el nombre de Cod-fish (bacalao) á una isla situada cerca de la estrechidad septentrional del mas pequeño de los tres islotes, á causa de la abundancia de aquella clase de pescado que se encontró en sus inmediaciones. Cook suponía que esta isla estaba unida al mayor de los mencionados islotes.

Los naturales del país, recuerdan aun distintamente haber oído decir á sus mayores que en aquellos canales estuvo un buque durante el tiempo que medió entre el primero y segundo viaje del célebre navegante inglés. Varias veces he preguntado á los indígenas sobre este asunto, pero no saben sino que han oído hablar del Kaipuki, no te Kuri, ó sea el *Barco-Perro*, que fue el primero que llevó á aquellos países este leal cuadrúpedo. Créese que ese buque debió ser destruido, así como su tripulación, por los naturales, pero esta opinión es muy cuestionable, pues como las expediciones comerciales de aquella época se hacían con el mayor sigilo, no tiene nada de particular que fuese ésta una de tantas que quedaban envueltas en el mas profundo secreto. Cuando Cook descubrió la tierra, hubo varias controversias entre los oficiales, pues muchos sostenían que era parte de un continente austral todavía desconocido.

El ilustre navegante inglés dejó caer el ancla por vez primera el 8 de octubre de 1769 en la bahía de Turunga, frente á la embocadura de un riachuelo llamado Turunganui y cerca de la pequeña isla de Tua Motu distante unas dos

millas de la costa. Por la tarde, el capitán Cook, acompañado de Mr. Banks (después sir Joseph) y del doctor Solander, bajaron á tierra; pero apenas habían puesto el pie en la playa cuando fueron acometidos por los indígenas. Al hablar de los sucesos que acaecieron entonces en esta bahía, no puedo menos de mencionar lo que me contó el mismo Manutai, nieto de Te Ratu, que fue el caudillo de los naturales en aquel combate y el primero que pereció á manos de los europeos, batiéndose estos en su propia defensa.—Por lo demás, parece que las tribus que asaltaron á Cook, no hacía mucho tiempo que estaban en posesión del territorio, y se componían de extranjeros procedentes del Sur que, después de hacer la guerra á los primitivos habitantes, concluyeron por destruirlos en un combate decisivo ocurrido pocos años antes de la llegada de Cook á aquellas playas, en el cual figuró Te Ratu como uno de los principales guerreros.

La muerte de este jefe no fue el único daño que recibieron los indígenas en su encuentro con los recién llegados: otro caudillo fue herido también en la espalda, pero restablecido después vivió hasta muy pocos años antes de mi visita á aquellos países en 1836; entonces tuve el gusto de conocer á su hijo, robusto y gallardo mozo que me indicó, señalando con el dedo sobre su mismo cuerpo, el sitio en que había sido herido su padre.

Los indígenas tomaron primeramente al buque de Cook por un enorme pájaro, espresándose con admiración sobre la belleza y magnitud de sus alas, que así llamaban al conjunto de las diferentes velas; pero al ver echar al agua otros pájaros mas pequeños sin plumas (es decir, sin velas), y que de ellos salían á su vez unos seres de diferente color y humana figura, los australasios consideraron al buque como la reunión de una porción de divinidades, quedando el pueblo estupefacto de admiración y asombro. Cook llegó casi á perder la esperanza de entenderse con los indígenas, quienes llenos de terror y pesadumbre, contemplaban lanzando grandes gemidos el cadáver de su jefe tendido en tierra, pues el modo, para ellos desconocido, con que había sido muerto, no podían explicárselo sino como el efecto del rayo lanzado por aquellos nuevos dioses: así es que tomaron el ruido de las descargas de mosquetería por *Watitici*, ó sea los truenos que acompañan á aquel sublime fenómeno.

Bien que la venganza fuese el mayor deseo de toda la tribu, no era cosa fácil tomarla sobre unos seres divinos que enviaban la muerte á grande distancia y mucho antes de que pudiese acercarse el enemigo, tanto mas, cuanto que algunos indígenas llegaron hasta á sentirse malos por el solo efecto de las miradas lanzadas particularmente sobre ellos por los recién llegados *atuas*; así que, todo el mundo convino en que mientras mas pronto se evitase la sociedad y trato de estos seres que maleficiaban solo con la vista, mas pronto se alcanzaria la salud general y el público reposo.

Al día siguiente atravesó Cook la bahía con sus botes para buscar algun sitio en que hacer leña y aguada, puesto que las rompientes de las barras en la boca de los riachuelos no permitían atravesarlas; pero cuando practicaba aquella operación y al doblar la punta Kuri ó cabo Young Nick que está al Sudeste de la bahía, se encontró de repente con una canoa de pescadores que venia de fuera: estos últimos empezaron á bogar á toda prisa con sus canaletes, y hubieran conseguido escaparse á no hacerles algunos disparos de mosquetería, bien que lo que se consiguió con esto fue que cesando de bogar y echando á los europeos furiosas miradas, abatieron sus palos y dieron principio á un furioso combate, sin que fuese posible capturarlos hasta después de haber matado á cuatro de los individuos de la canoa, quedando por fin prisioneros tres muchachos que también formaban parte de la tripulación. Pocos jefes han sido mas humanos que el capitán Cook y ninguno le ha escedido en esta bella cualidad seguramente; así es que al hablar



Defensa de la inmortal Zaragoza durante la guerra de la Independencia.

aquel célebre navegante de estos desgraciados sucesos, dice «que llevaba muchos presentes de valor que de nada le sirvieron, por desconocerse su uso entre aquellas gentes, y que la naturaleza de su viaje exigía, no solo captarse la benevolencia y amistad de los naturales, sino también procurarse una íntima relación con ellos.» Los muchachos recogidos del agua á donde ellos mismos habían tratado de procurarse la fuga, fueron embarcados en los botes, y aquellos infelices seres esperaban por momentos que se les quitase la vida; pero al ver el modo benévolo con que se les trataba, y los regalos que se les hicieron, especialmente de algunas prendas de ropa, no tardaron en mostrarse afables, y olvidar la pérdida de sus compañeros. Al regresar al buque se les presentó algún alimento que comieron con una voracidad, endémica entre los individuos de su raza. En cuanto á los objetos que los rodeaban, miráronlos con singular apatía, pero no así la cena sobre la cual volvieron á lanzarse con tal avidez, que á no haber sido testigos los oficiales del buque de la comida que anteriormente habían hecho, se hubiera creído que los hambrientos indígenas no probaban ningún alimento desde ocho días antes por lo menos.

Tupia, el tahitiano favorito de Cook, se encontró á muy poco tiempo en disposición de hablar con los indígenas y hacerse entender de ellos, esforzándose en hablarles y consolarlos por la pérdida de sus compañeros en la reciente escaramuza. A la mañana siguiente los prisioneros se lanzaron con nuevo y mayor apetito á devorar el almuerzo, que consistió en una cantidad enorme de viandas; en seguida se les llenó de diges de la cabeza á los pies y fueron trasladados á los botes en medio de

la mayor alegría para llevarlos á tierra. Dirigiéronse las embarcaciones cerca de una pequeña aldea muy inmediata á la boca de un riachuelo que formaba barra en su boca, denominada Wero-Wero y situada en la parte meridional de Turunga; pero los indígenas suplicaron que no los desembarcasen en aquel punto porque los matarían para comérselos: en su consecuencia se les desembarcó, acompañados por Cook y algunos individuos de la tripulación un poco mas adelante; pero á pesar de haber manifestado que entre los naturales de aquella parte distinguían á algunos parientes suyos, rehusaron quedarse en tierra prefiriendo volverse abordo con sus nuevos compañeros. Por la tarde solicitaron ellos mismos que se les volviese á desembarcar, lo cual se les concedió al momento; pero así que estuvieron en la playa manifestaron el mismo temor que por la mañana, y como los botes hubiesen ya desatrancado, se lanzaron á nado detrás de ellos pidiendo que los recogiesen, lo que no se verificó en cumplimiento de las órdenes de Cook. Antes de abandonar la bahía preguntó Tupia á los indígenas qué nombre tenía la localidad, cuya costa les indicaba con la mano, á lo cual respondieron Te One roa, ó gran arenal, sin duda á causa del que rodea la enseña; este nombre fue el que consignó Cook en su carta, si bien el de la bahía referida es Turunga; pero como no le fue posible hallar allí ningunas provisiones que le hacían ya mucha falta, el jefe de la expedición llamó á aquel sitio Bahía de la Pobreza, nombre que no le sienta por otra parte en manera alguna atendida la fértil naturaleza del terreno.

(Se continuará)

SONETO.

—Corro la Europa mas veloz que el rayo
pisando alfombras de banderas rotas,
si ayer valientes, hoy pueblos idiotas
desvanda el relinchar de mi caballo.

No conocí cansancio ni desmayo,
ni menos supe lo que son derrotas,
del canto de victoria fieras notas
el mundo oyó que convertí en vasallo.....

¡Sus! adelante, corre, corcel mio,
venganza pide humillacion sangrienta.....
¡Ese Español mis águilas destroza!...

Avanza á esa ciudad, entra con brio...
saber si es brava mi poder no intenta.....
—¡Atrás! Napoleon, es ZARAGOZA.

MANUEL MARIA GUILLEN.

SERRANILLA.

Serrana, tal casamiento
Non consiento que fagades,
Car de vuestro perdimiento
Magüer non me conocades,
Muy grand desplacer avria
En vos ver enagenar
En poder de quien mirar
Nin tractar non vos sabria.

EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Extranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.